

acabada en la que nos toca existir, el tiempo se manifiesta sobre todo como el hacerse progresivo del ser finito, en su relación trascendental con el Infinito.”

Al pasar al ámbito de la ciencia se percibe un cambio de registro, donde rápidamente proliferan los tecnicismos, las definiciones estructuradas y la simbología característica de la formalización lógico-matemática. Sin embargo, el Dr. Castagnino hace alarde de claridad y llaneza, y si bien las fórmulas y los diagramas siempre parecen excesivos para un lego, se tiene constantemente la sensación de que podría ser mucho peor, y que es mérito del benevolente autor el dejarnos avanzar con la mínima dosis de cálculo.

De entrada se establecen los dos parámetros básicos de la definición de tiempo. En primer lugar, se diferencia el tiempo como concepto derivado, presente en la tradición de Aristóteles, Leibniz y Mach, del tiempo como noción primitiva e intuitiva, según lo entendía Newton. La discusión de fondo es si los eventos determinan las coordenadas, o al revés. En segundo lugar, se plantea la posibilidad de que la asimetría pasado-futuro sea substancial –o real– o puramente convencional. Castagnino muestra las consecuencias de ambos enfoques en los diferentes campos del saber físico: la mecánica clásica, el electromagnetismo, la mecánica estadística, la mecánica cuántica, la relatividad especial, la teoría cuántica relativista, la relatividad general, la teoría de campos y la gravedad cuántica, en varios casos aplica-

do a la cosmología. Al cabo del largo trayecto nos propone su conclusión: el tiempo nace de la situación de movimiento relativo y se construye por derivación de la operación de un observador que mide. La existencia precede al tiempo, y si bien casi todas las leyes de la física se enuncian en condiciones de simetría temporal, hay una flecha cosmológica que orienta al Universo hacia un estado de equilibrio de manera irreversible. No es, pues, una flecha meramente gnoseológica sino propiamente ontológica. Así, por senderos muy diferentes y bajo un entorno conceptual altamente formalizado, reencontramos las mismas conclusiones del P. Sanguineti.

¿Concordismo? No, seguramente algo más sutil. Se trata de balancear la semántica propia del relato científico con una perspectiva más amplia, que por decirlo así pone los pies firmes sobre la tierra. En cada entorno teórico de la física aparecen requisitos de conceptualización muy peculiares. A veces, como en la mecánica estadística, se desvanece la idea de individuo en beneficio de un conjunto o muestra. A veces, como en relatividad, se introduce como pauta un sistema de referencia dado. Y a veces, como en cuántica, la cuestión es lo que estrictamente puede ser observado. Pero más allá de todos los sesgos, dice Castagnino, hay una intuición de la realidad desde la cual puede reasumirse el modelo teórico ajustándolo a los límites “de lo físicamente admisible”, por ejemplo al aparear la asimetría temporal con la relación causa-efecto, o al reconocer la individualidad y la reali-

dad substancial de las partículas aunque más no sea por sus efectos macroscópicos.

En definitiva, se trata de no abandonar la idea de que la física, y con más razón ella, nos ofrezca un acceso válido a la realidad natural de lo cotidiano de la existencia humana. Sólo entonces tendrá sentido emprender el diálogo y aspirar al beneficio fundamental de la causa de la verdad.

Hacemos una observación final sobre la calidad de la edición, cuyas desprolijidades manifiestas son, desde ya, ajenas a la responsabilidad de los autores. Se aprecian saltos de un renglón a otro por la mitad, palabras mal escritas, la ausencia de todos los gráficos citados en el cuerpo del escrito –sólo hay algunos dibujos y esquemas– y del índice general. ¡Hasta quedó un párrafo entero sin traducir del italiano! En fin, negligencias incomprensibles que, por suerte, no son más que la escenografía desteñida de una representación de alto nivel académico y literario.

OSCAR H. BELTRÁN

---

RONALD W. RICHARDSON, *Becoming a Healthier Pastor. Family Systems Theory the Pastor's Own Family*, Minneapolis, Fortress Press, 2005, 150pp.

---

El libro de Ronald Richardson se puede encuadrar dentro de la psicología pastoral, en un género literario que se publica

mucho en EE.UU.: *Pastoral Care o Pastoral Counseling*. En esta línea hay una amplia gama de publicaciones, surgidas en general en el contexto de las comunidades evangélicas, que abordan distintos tópicos relacionados con el rol del/la pastor/a en la comunidad cristiana, la consulta de consejo pastoral o el acompañamiento espiritual.

En esta oportunidad el autor, quien es un pastor retirado y formador en un centro de *Counseling Pastoral*, utiliza la teoría sistémica familiar creada por el Dr. Murray Bowen, para aplicarla a la dinámica relacional de las comunidades eclesiales.

Richardson establece una relación muy interesante entre los conflictos que se dan en la comunidad que el/la pastor/a anima, la familia que el/la pastor/a ha formado y la familia de origen de esa misma persona. La afirmación de base, ampliamente documentada desde la teoría de Bowen e ilustrada con gran cantidad de ejemplos, es la siguiente: el/la pastor/a, va a tender a reproducir tanto en la familia que forme, como en la comunidad eclesial que preside, coordina o anima, el modelo familiar de su propia familia de origen. Mientras el/la pastor/a en cuestión no sane los vínculos problemáticos de su familia de origen, las soluciones en los otros dos grupos –familia que él/ella ha formado y comunidad eclesial–, serán siempre parciales y los conflictos tenderán a replicarse siempre y llamativamente con una misma matriz.

El libro tiene tres partes: en la primera, se plantea la cuestión que acabamos de describir, señalando al-

gunas dificultades que habitualmente se plantean en las comunidades y que están relacionadas con conflictos no resueltos del/la pastor/a.

La segunda parte es tal vez la más interesante, porque el autor expone el ejemplo de su propia familia de origen y cómo fue aplicando en su propio caso la teoría de Bowen a la reconstrucción de su historia familiar. Este proceso, por cierto largo y con momentos dolorosos, redundó en la sanación de vínculos con las personas del pasado y del presente del autor. Esa segunda parte señala la tarea de diferenciación del *self*, a la que luego nos referiremos, como el objetivo básico de este proceso de reconstrucción de la historia. Esa sección termina con el ejemplo de otro pastor al que el autor acompaña.

La tercera parte del libro, está focalizada en el/la pastor/a como “coach” pastoral de familias y grupos. Nosotros diríamos en nuestro medio que es una figura de facilitador de las relaciones, con un condimento de acompañamiento espiritual, pero aquí se está refiriendo básicamente a una función terapéutico-familiar llevada adelante por el referente comunitario.

Para comprender el planteo de Richardson es necesario detenernos un momento en la teoría de Bowen: Murray Bowen fue uno de los primeros psiquiatras que hospitalizaba familias enteras para su observación y tratamiento. En 1950 partió de la hipótesis que concebía la esquizofrenia como el resultado de un nexo simbiótico no resuelto con la madre. Desarrolló elementos como la transmisión multigeneracional de enfer-

medades emocionales y el concepto de “diferenciación”. Su enfoque consistía en supervisar a sus consultantes para que aprendieran a “salirse” del sistema emocional de la familia de origen, vieran a ésta con mayor objetividad y respondieran partiendo de sus propias ideas en lugar de reaccionar ante el campo emocional de los demás miembros de la familia.

La teoría sistémico-familiar de Bowen está compuesta de seis elementos teóricos. El primero es *la escala de diferenciación del yo*. Dentro de este concepto, parte del hecho de que existen personas que tienen una diferenciación del yo muy elevada y otras personas que la tienen muy baja. Los que tienen una diferenciación elevada, pueden ver las cosas de una manera objetiva, mientras quienes la tienen baja, se encuentran inmersos en un mar de emociones desde lo interno de la familia. Bowen dice que no necesariamente quien tiene una diferenciación baja es un caso patológico y viceversa, pero las personas de la mitad inferior de la escala viven en un mundo controlado por las “emociones”, en el que los sentimientos y la subjetividad prevalecen sobre el proceso del razonamiento objetivo la mayor parte del tiempo. No distinguen las emociones de los hechos, y basan sus decisiones vitales más esenciales en lo que sienten como correcto. Es decir, que las personas con un yo altamente diferenciado tienen una visión bastante objetiva de la situación y pueden hacer un análisis con más distancia, por lo que sus decisiones pueden ser más acertadas, aunque

no necesariamente es así. En cambio, las personas con poca diferenciación del yo, tienen más dificultades para tomar decisiones basadas en los hechos, lo cual puede causarles muchos problemas.

En las relaciones interpersonales, las personas con un nivel de diferenciación alto se sienten más cómodas que las de nivel bajo. En el área vincular, las personas con un nivel alto de diferenciación se ven libres para ocuparse en una actividad encaminada a metas, o para establecer intimidad en una relación estrecha, a diferencia de las de baja diferenciación, que o tienen que evitar las relaciones si no quieren deslizarse automáticamente hacia una fusión molesta, o no tienen más remedio que proseguir la búsqueda de una relación estrecha para obtener la gratificación de sus necesidades emocionales.

El segundo concepto es el *Sistema Emocional de la Familia Nuclear*; se ha empleado la expresión *sistema emocional* para designar las mismas pautas emocionales triangulares que operan en todas las relaciones estrechas, con una expresión adicional que indica la localización del sistema, por ejemplo, un sistema emocional de la *familia nuclear*. Este sistema emocional se realiza a través de tres áreas donde se expresan los síntomas y son el conflicto conyugal, la disfunción de un cónyuge y la proyección sobre uno o más hijos.

El tercer concepto es el *Proceso de Proyección Familiar*; en el que los padres proyectan parte de su inmadurez sobre uno o más de los hijos. La pauta más corriente es aquella en

que un hijo es el receptor de una porción grande de la proyección, mientras que los otros niños quedan relativamente al margen. El hijo que se convierte en objeto de la proyección es el más apegado emocionalmente a los padres, y el que termina con un nivel más bajo de diferenciación del *self*. Un hijo que crece relativamente ajeno al proceso de proyección familiar puede emerger con un nivel de diferenciación básico más elevado que el de los padres.

El cuarto concepto es el *proceso de transmisión multigeneracional*, este concepto explica la pauta que se desarrolla a través de varias generaciones cuando los hijos emergen de la familia parental con niveles de diferenciación básicos más altos, iguales o más bajos que los padres. Cuando un hijo emerge con un nivel de *self* inferior al de los padres y se casa con una persona de igual diferenciación de *self*, y en este matrimonio se produce un hijo con un nivel inferior que a su vez se casa con otra persona de igual nivel, y de este otro matrimonio nace otro hijo con un nivel inferior que se casa a ese nivel, se crea un proceso que se mueve, generación a generación, hacia niveles de indiferenciación cada vez más bajos. Según esta teoría, los problemas emocionales más graves, como una esquizofrenia profunda, son el producto de un proceso que se ha venido gestando descendiendo a niveles de *self* cada vez más bajos a lo largo de varias generaciones. Junto a quienes caen más bajo en la escala de diferenciación del *self* están quienes permanecen aproximadamente al mismo nivel y quienes pro-

gresan en su ascensión por la escala. Es decir, que el nivel de diferenciación no es transmitido automáticamente a través de las generaciones, sino que se dan todas las posibilidades. Éstas dependen del lugar que ocupa el niño en el número de hijos, de su género, del momento familiar en que nació, de las propias características del niño y de una infinidad mayor de factores. Dependiendo de estos factores, los niveles de diferenciación se irán aumentando o disminuyendo tal y como ya se describió.

El quinto elemento teórico se refiere a los *Perfiles de la posición entre hermanos*, y está explicado en términos de las características de algunos de los hermanos que tendrán influencia sobre el crecimiento de los hijos. Es decir, que si, por ejemplo, el hijo mayor tiene una diferenciación alta, esto tendrá influencia sobre el desarrollo de los hijos menores. El último concepto tiene más bien implicaciones psicoterapéuticas y es de *los triángulos*. Bowen sostiene que, en general, el desarrollo de la familia se va dando a través de triángulos, casi todas las relaciones se dan de esta forma. Cuando la tensión se incrementa, la pareja tiende a incluir dentro de su relación a otra persona, que puede ser un hijo, el profesor del colegio, etc. Si la tensión es poca, entonces la relación triangular se establece de tal forma que la tercera persona es considerada como un extraño, pero cuando dicha tensión se incrementa, entonces se tiende a incluir cada vez más personas y a establecer triángulos cada vez más complejos con la finalidad de manejar la tensión. Los

triángulos se multiplican en una familia grande y estos triángulos trabajan de tal forma que la familia va brindando apoyo emocional, dependiendo del tipo de problema al que se enfrenten. Por ejemplo, cuando se porta mal uno de los hijos menores, tal vez alguno de los hijos mayores decida apoyar a su madre en contra del menor. O tal vez decida apoyar al menor en contra de la madre.

En definitiva, la teoría de Bowen implica un mecanismo interno de regulación que va estableciendo las pautas de comportamiento a lo largo de la vida. Lo aprendido en la niñez, el tipo de familia, lo que el niño haya adquirido, es con lo que llega al matrimonio, mezclándose con el aprendizaje de su pareja, adaptándose y formando un nuevo estilo de comportamiento que, a su vez, transmitirán a sus hijos. El grado de vinculación con los padres viene determinado por el grado de vinculación emocional irresuelta que cada padre tenía en su propia familia de origen, el modo de manejarlo los padres en su matrimonio, el grado de ansiedad experimentada en los momentos críticos de la vida, y en la manera de hacer frente los padres a esta ansiedad. El niño que es “programado” en la configuración emocional irresuelta, queda relativamente fijo en esa situación, salvo que se produzcan cambios funcionales en los padres.

Richardson hace una buena aplicación de la teoría de Bowen a la vida del/la pastor/a, invitándolo a trabajar en los tres planos mencionados: su familia de origen, incluyendo el trabajo sobre la historia fa-

miliar, la familia presente –la que él o ella han formado– y la comunidad que animan. Así como se ve una cierta y llamativa replica de los problemas vinculares de la familia de origen, en la familia presente y en la comunidad, el hecho de resolver y reconciliar los nudos emocionales del pasado, solucionan y previenen dificultades en el presente.

De algún modo, vemos así, que la promesa del título se ve respondida por la propuesta que desarrolla el autor: sólo un/a pastor/a más sano/a, promoverá y llevará adelante vínculos más sanos en los ambientes en los que se mueva.

La salud psíquica personal, en el caso de una persona que es referente de otras en una comunidad, no solo redundará en su calidad de vida y en la de su entorno inmediato. En este caso, como en círculos concéntricos, repercute en toda la comunidad. Richardson más que de círculos hablaría de triángulos trazados en todas direcciones a partir del referente, que generan otras triangulaciones más o menos saludables. Creo que éste es el gran acierto del libro: el trabajo sobre la historia personal del/la pastor/a como condición necesaria, aunque no suficiente, para desarrollar relaciones sanas en el seno de una comunidad cristiana.

El texto es una herramienta útil y relativamente completa: expone una teoría, la aplica a la realidad del/la pastor/a, se narra a fondo una historia de vida y se dan señalizaciones para una implementación práctica tanto en la vida del/la pastor/a, como en su rol de acompañante de procesos relacionales y familiares.

El punto más débil del libro es su escasa referencialidad a la teología pastoral. Se plantean situaciones pastorales, como se podrían plantear situaciones en el contexto del trabajo, la educación, el deporte, etc., pero el libro adolece de un fundamento teológico explícito y tampoco saca consecuencias espirituales, que aunque se desprenden del argumento, no se encuentran señaladas. Posiblemente es una característica del peculiar género literario de los libros de “cuidado pastoral”, que se desarrollan en EE.UU., y del talante práctico de las terapias psicológicas que se desarrollan e implementan en el país del norte. Nos quedamos con el acierto del libro: el trabajo sobre la historia personal. Aunque éste requiere honradez, paciencia –en algunos casos lleva años reconstruir en sentido integral la historia vincular familiar–, valentía y confianza en el Señor que nos acompaña, el empeño vale la pena, porque es una inversión que dura el resto de la vida. Familiares y miembros de la comunidad se sentirán agradecidos.

MARÍA MARCELA MAZZINI

---

PIERRE ROUSSELOT, *El problema del amor en la Edad Media*, Madrid, Cristiandad, 2004, 190pp.

---

La presentación de la Encíclica *Deus Caritas est* llevará, sin duda, a una relectura de muchas obras cuyo tema ha sido el de discernir el fenómeno del amor.